

Los progresos de la Arquitectura

Louis E. Boule, arquitecto
francés del siglo XIX

CUÁLES son las razones que han impedido los progresos de la arquitectura? Me parecen bastante sencillas.

Para la perfección de un arte no basta con que los hombres que se consagran a él lo amen apasionadamente. Es menester que no tropiecen con ningún obstáculo en los estudios que les conviene realizar; que su genio pueda elevarse libremente a toda su altura y que se sientan alentados por la esperanza de recibir el premio a sus esfuerzos.

Supongamos que un joven arquitecto empieza a tener una reputación y con ello puede conseguir la confianza del público. Abrumado entonces por una multitud de encargos de toda clase; obligado a entregarse enteramente a las obras que le han sido confiadas; ocupado continuamente en realizar las gestiones que le impone la confianza que han depositado en él; convertido, en una palabra, en el hombre de negocios del público, el artista se halla ya perdido para los progresos del arte, y, por consiguiente, no puede aspirar a la verdadera gloria en la cual tal vez había soñado. Así, no pudiendo consagrarse a la arquitectura todo el tiempo necesario, se ve obligado a abandonar el estudio de este arte.

¿Dirá alguien que habría sido conveniente que, para seguir los estudios de pura especulación, el arquitecto habría debido abandonar los negocios lucrativos? ¡Ay!, ¿quién haría de buena gana el sacrificio de la fortuna que ve entre sus manos y con frecuencia hasta de lo necesario? ¿Quiere añadirse que ese sacrificio deberá hacerse con facilidad ante la esperanza de verse un día solicitado para ejecutar algún gran edificio? Pero, ¿cómo entregarse de lleno a esa esperanza? ¡Son muy raras las ocasiones de alcanzarla! ¿Cómo sentirse seguro, diez o quince años antes, de que transcurrido ese plazo se verá empleado por los

hombres que, en dicha época, ocuparán los puestos desde los cuales podrán pensar en él y utilizar su arte? Acaso se me responderá que el hombre de mérito tiene derecho a esperar todo eso. Pero contestaré: ¿Se le hará entonces justicia? ¿Tendrá motivos para esperar verse favorecido? Quiero suponer se trata de unos hombres del más recto pensamiento y de las más puras intenciones. Pero me veo obligado a pensar aún en que, por carecer de conocimientos, obran a menudo ciegamente y que es un verdadero azar cuando su elección se detiene precisamente en un hombre hábil. ¡Cuántas veces su preferencia no ha ido a fijarse en ignorantes totales, en detrimento del hombre de mérito que trabaja sin cesar y que no intriga nunca!

¡Oh, cuán preferible es la suerte de los pintores y la de los literatos! Libres y sin ninguna clase de dependencia, pueden elegir todos sus temas y seguir el impulso de su genio. Y su reputación solamente de ellos depende. ¿Tienen un gran talento? Ninguna potencia humana puede oponerse a que lo desarrollen.

He ahí las preciosas ventajas de las cuales se ve privado el joven arquitecto, cuyo talento permanecerá oculto si consagra todo su tiempo al estudio. Se ve obligado a sacrificar todo ello con objeto de ser conocido de las gentes bien situadas en la sociedad y sin la benevolencia y ayuda de las cuales no puede desarrollar su talento.

Hay ahí sin duda una gran fuente de dolores penetrantes y de lamentos amargos para cuantos tienen la pasión de su arte. Por eso no me he sorprendido cuando he oido decir que, por haber sufrido las privaciones de que acabo de hablar, un hombre bastante hábil se vió empujado a la más horrible desesperación. No me extrañaría tampoco que algunos arquitectos hallasen todo ello exagerado; pero creo poder adelantar que esos hombres no

tendrían de arquitectos nada más que el nombre o que sólo harían consistir la felicidad en las riquezas.

Admitamos, empero, por un instante que mis opiniones, en ciertos aspectos, sean falsas. Concedamos a un arquitecto la suerte más favorable, es decir, talento, fortuna y protectores. ¿Adónde podrán conducirle esas ventajas, harto difíciles de encontrar reunidas? Sabido es que cuando el más simple particular se decide a construir, somete a grandes pruebas la paciencia de su arquitecto, y hasta es raro que se atenga a las opiniones y decisiones de aquél.

Se sabe igualmente que las personas influyentes que ordenan la erección de edificios públicos no son, con frecuencia, más dóciles o comprensibles que los particulares. ¿Qué ocurre, entonces? Que, para obedecer a órdenes superiores, el arquitecto se ve obligado a renunciar a hermosas ideas. Pero hay más: suponiendo que el aludido arquitecto sea un hombre inteligente, sus proyectos serán entonces menos bien acogidos y aceptados, puesto que sus jueces, carentes de conocimientos para apreciarlos, no podrán percibir ni comprender las bellezas de sus producciones.

Sí, a causa de no haber sido comprendido, el hábil arquitecto sufrirá mil contrariedades descorazonadoras; y si quiere conservar su puesto se guardará muy bien de oponer la menor resistencia; ya no escuchará la voz de su genio y hasta descenderá insensiblemente al nivel de las personas a las cuales necesita agradar. Sabiendo que esta flexibilidad resulta difícil de hallarla en un hombre de cierta trascendencia, y como está demostrado que a menudo en arquitectura hay quien se permite tratar de encadenar al genio, vemos ahí, por consiguiente, que es muy difícil que un buen arquitecto se halle en condiciones de crear una buena obra.

Que nadie se jacte de hallar la

ocasión de desarrollar un genio verdaderamente superior en la construcción de alguno de esos edificios públicos que deberán constituir siempre la gloria del país en que han sido elevados y la admiración de los hombres entendidos. Si logramos se nos designe para empezar uno, ¿lograremos terminarlo? ¡Qué desolador ejemplo tenemos ante nuestra vista en el seno de nuestra misma capital! Desde hace varios siglos fué empezado el palacio del Louvre; que se contemple y reflexione ante la fachada de las Tullerías que da al jardín. La parte de lanterna del centro es obra de manos diferentes, cuyas maneras particulares se distinguen con facilidad. Las fachadas traseras del edificio, así como los pabellones de los ángulos, son también de distintos autores. A mi parecer, este palacio puede ser comparado con un poema en el que hubieran colaborado diferentes poetas, encargándose cada uno de escribir un canto o una estrofa.

Se me preguntará si, a pesar de todo lo que se opone al progreso de este arte, no tenemos obras maestras que encierran en sí mismas todas las bellezas y que sean un reflejo de la perfección. Expresaré después mi opinión sobre ese particular. En espera de que la enuncie, diré solamente que si la arquitectura hubiera adquirido la perfección a la cual han llegado las demás artes, y de la cual nos ofrece ejemplos tan bellos como las restantes nos presentan, no nos veríamos obligados hoy a comprobar si este arte está ligado a la Naturaleza o si es obra de pura invención.

Pero deseo apresurarme a confesar que creo, por mi parte, ver una gran diferencia entre las obras maestras de la arquitectura y las que exaltan nuestra admiración, ya en pintura, en escultura o bien en poesía. Ello es una consecuencia de las observaciones que he hecho anteriormente acerca de las ventajas del poeta y del pintor. Estos últimos no se han sentido molestados en la elección de sus temas y han ensayado y agotado todo, mientras que en toda Europa contamos apenas con algunos hermosos monumentos de arquitectura. Así, pues, cuando se quiere afirmar que nuestras obras maestras arquitectónicas pueden igualar a las de las restantes artes, ¿qué pruebas pueden presentarse para justificarlo? Seguramente que

no tenemos ni con mucho en arquitectura tantos objetos de comparación, y no puede hablarse con exactitud del éxito en un arte sino por la multiplicidad de las tentativas de todo género.

Esta materia me recuerda una conversación bastante interesante. Me hallaba en la región de la Campagne, con un aficionado a las artes y un joven pintor. Paséandnos juntos, nos entreteníamos en hablar de pintura. Yo elogiaaba al aficionado uno de los más bellos cuadros de Vovhermens que habíamos contemplado juntos. Como dicho cuadro habíame producido un placer extraordinario, lo elogiaaba como un hombre apasionado. El aficionado parecía no inmutarse. Nadie es más exigente que un hombre que, no habiéndose consagrado a un arte y por no imaginar todas las dificultades que es preciso vencer en el mismo, se expresa con crudeza respecto al artista y hasta cree que todo es posible y fácil. El aludido aficionado, llamándome la atención sobre la Naturaleza, me dijo con ironía: "¡Cuántas cosas olvidadas por Vovhermens!" Entonces me apresuré a responderle: "Oponiendo la Naturaleza a las obras de Vovhermens, rinde usted al célebre maestro un homenaje mayor de lo que usted supone. ¿Cree usted que las obras de los débiles mortales puedan sostener la comparación que usted me ofrece?" "¡Qué! Acerca la obra a la Divinidad..., a la Divinidad—exclamó el joven pintor—. ¡Ah, que la Naturaleza quiera descender a la tierra y se digne limitarse a no emplear más que los medios que nosotros estamos obligados a emplear y entonces tendrá usted, querido señor, una idea más justa de nuestros grandes hombres!"

¡A través del delirio de este joven pintor no tuvimos más remedio que reconocer esta verdad! Y es que aun suponiendo que no tuviésemos conocimiento alguno de los medios con los cuales trabajaban los pintores y que jamás hubiéramos visto pintar..., si después de habernos mostrado un cuadro, como existen muchos, cuya verdad extraña, se nos presentase una paleta... no podríamos creer que fuera posible ejecutar, con tan pocos medios, obras que producen en nosotros las más vivas impresiones. ¿Cómo imaginar que con cinco o seis colores diferentes se pueda obtener la inmen-

sidad de tonos, de matices y todos esos inefables efectos de la Naturaleza? ¡Cómo se explica que el hombre se haya decidido a expresar el calor o la frescura del aire, a reflejar la luz, y que haya conseguido caracterizar mediante el dibujo las pasiones que nos agitan hasta el punto de inculcarlas en nuestra alma después de revelarlas vivas en el lienzo?

Tal vez se presente la objeción de que si los artistas en arquitectura no han adquirido el elevado grado de perfección a que parece han sido realizadas las demás artes es tal vez porque éstas tienen la ventaja de hallarse más cerca de la Naturaleza, y que, por consiguiente, están en mejores condiciones para influir en nuestra alma.

A ello responderé que es ésa precisamente la cuestión que me propongo resolver, ya que llamo arte a todo lo que tiene por objeto la imitación de la Naturaleza. Conforme en que ningún autor de obras arquitectónicas ha emprendido la tarea que personalmente me he impuesto, y que si logro, como me atrevo a creerlo, demostrar que la arquitectura, en sus relaciones con la Naturaleza, tiene acaso mayores ventajas que las restantes artes, entonces será menester concederme que si el arte de la arquitectura no ha conseguido tantos progresos como las demás artes... sólo deberá culparse de ello a los arquitectos, a los cuales, por otra parte, debemos excusar, teniendo en cuenta la enumeración de los obstáculos que antes he hecho, obstáculos que se han opuesto y se oponen todavía a la perfección de la arquitectura.

Bien sabe Dios que no me ha guiado el propósito de ofender a los distinguidos arquitectos de mi siglo, a los cuales respeto y quiero. Y, según la elevada opinión que tengo de su carácter, estoy persuadido de que interpretarán sin desagrado el lenguaje de un hombre que no persigue otra finalidad que la de contribuir al progreso de su arte. Si me equivoco, mis opiniones no perjudicarán más que a mis conocimientos, pero nunca deberán suponerse malas intenciones. Por el contrario, si he advertido y revelado algunas verdades, ¡ah!, a buen seguro que no disgustaré a los hombres distinguidos, en quienes la verdad obtiene siempre el respeto y el amor.